

ARGENTINA

Y LA FIESTA DE LA HISPANIDAD

El General Perón, ilustre Jefe del Estado Argentino, pronunció, con motivo del Día de la Raza y el aniversario de Cervantes, un trascendental discurso, retransmitido por radio a todo el mundo, en el que dijo, entre otras hermosas cosas acerca de España y de sus valores eternos, lo siguiente:

No me consideraría con derecho a levantar mi voz, en el solemne día en que se festeja la gloria de España, si mis palabras tuvieran que ser tan sólo halago de circunstancias o simple ropaje que vistiera una conveniencia ocasional. Me veo impulsado a expresar mi sentimiento, porque tengo la firme convicción de que las corrientes de egoísmo y las encrucijadas de odio que parecen disputarse la hegemonía del orden serán sobrepasadas por el triunfo del espíritu, que ha sido capaz de dar vida civil e idoneidad al nuevo mundo. No me atrevería a hacer llegar mi voz a los pueblos que, junto con el nuestro, formamos la comunidad hispánica para realizar tan sólo una conmemoración protocolar del Día de la Raza. Únicamente puede justificar el que rompa mi silencio la exaltación de nuestro espíritu ante la contemplación reflexiva de la influencia que para sacar al mundo del caos en que se debate puede ejercer el tesoro espiritual que encierra la titánica obra cervantina, suma y compendio apasionado y brillante del inmortal genio de España. Al

impulso ciego de la fuerza, al impulso frío del dinero, la Argentina, coheredera de la espiritualidad hispánica, opone la supremacía significativa del espíritu. En medio de un mundo en crisis; de una humanidad que vive acongojada por las consecuencias de la última tragedia y temerosa por la hecatombe que presiente, en medio de la confusión de las pasiones que restallan sobre las conciencias, la Argentina, isla de paz, deliberada y voluntariamente se hace presente en este día para rendir cumplido homenaje al hombre cuya figura y obra constituye la expresión más acabada del genio y de la grandeza de la raza. Y a través de la figura y de la obra de Cervantes va el homenaje de la Argentina a la Patria Madre, fecunda, civilizadora, eterna, y a todos los pueblos que han salido de su maternal regazo. (*Grandes aplausos.*)

Dice a continuación el general Perón que «recordar a Cervantes es reverenciar a la Madre España», y agrega :

La sangre española.

«España levantó templos, edificó Universidades, defendió la cultura e hizo mucho más : fundió y confundió su sangre con América y signó a sus hijos con un sello que les hace bien distintos en su forma y apariencia, pero iguales a ella en esencia y naturaleza.

Es gajo de ese tronco el pueblo que en mayo de 1810 asume la revolución recién nacida. Es sangre de esa sangre la que vence gloriosamente en Tucumán y Salta y cae con honor en el Capucio y Ayelda. Es la que anima el corazón de los pontoneros, es la que bulle en el espíritu indómito de los caudillos, es la que enciende a los hombres en 1816 para proclamar a la faz del mundo nuestra independencia política; es la que agita y corre por las venas de esa raza de titanes y cruza las ásperas montañas de los Andes, conducida por un héroe en una marcha que tiene la majestad de un friso griego; es la que ordena a los hombres que forjaron la unidad, la que alentó a los que organizaron la República; es la que se derramó generosamente cuantas veces fué necesario para defender

la soberanía y la dignidad del país; es la misma que moviera al pueblo a reaccionar sin jactancia, pero con irreductible firmeza, cuando cualquiera osó inmiscuirse en asuntos que no le incumben, y que corresponde solamente a la Nación resolverlos. (*Grandes aplausos.*)

Sangre de nuestra sangre y carne de nuestra carne, heroico y abnegado pueblo, virtuoso y altivo, sin alardes. Y lleno de profunda sabiduría que, pacífico y laborioso, en su diaria jornada, se juega, sin alardes, la vida, con una naturalidad de soldado, cuando una causa noble así lo requiere. Y lo hace con generosidad de Quijote, ya desde el anónimo y oscuro foso de la trinchera o asumiendo, en defensa de los ideales, el papel del primer protagonista en el escenario turbulento de las calles de una ciudad.

Si la América española olvidara la tradición que enriqueció su alma, rompiera sus vínculos de latinidad, se olvidara del cuadro humanista en que la enmarca el catolicismo y negara a España, quedaría inmediatamente baldía de coherencia y sus ideas carecerían de validez. Ya lo dijo Menéndez y Pelayo: «Donde no se conserva piadosamente la herencia del pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora.»

Homenaje a Cervantes.

Esta solemne sesión que la Academia Argentina de Letras ha querido poner bajo la advocación del genio máximo del idioma en el IV centenario de su nacimiento trasluce, a mi modo de ver, la decidida voluntad argentina de reencontrar las rutas tradicionales en las que la concepción del mundo y de la persona humana se origina en la honda espiritualidad grecolatina y en la ascética grandeza ibérica y cristiana.

Cervantes nos mostró profunda conciencia social en todos los actos de su vida. Cuando se desarrolló la batalla naval de Lepanto, no obstante hallarse enfermo y con calentura, quiso correr la suerte de sus camaradas y participar en la lucha. Porque más vale pelear

en servicio de Dios y de Su Majestad y morir por ellos, que no permanecer inactivo bajo cubierta. Más tarde, cautivo en Argel junto con 25.000 cristianos que pagaban así su delito de amar a la Patria y de sentir su fe, el glorioso Manco de Lepanto padeció, más que por su propio dolor físico y espiritual, por la inquietud incesante de ver aherrojados a sus compañeros de esclavitud y de ver perseguida, aborrecida y negada la religión en la que había depositado toda la confianza de su corazón.

Los valores espirituales hispánicos.

Yo quiero proclamar en este acto mi profunda adhesión a los valores espirituales que nos vienen de la tradición hispánica. En esto, como en tantas otras cosas, la unidad de pensamiento ha permanecido inalterable. Desde los balcones de la Casa del Gobierno, el 8 de junio de 1944, en homenaje a la patria que surgió del genio y de la sangre de España, proclamé la necesidad de que la revolución llegue a las almas, porque en este país, donde la Naturaleza con toda prodigalidad ha derrochado a manos llenas la riqueza nacional, podríamos dar gracias a Dios por sus dones maravillosos. Pero esa riqueza no es todo, sino que hemos de saber extender la riqueza espiritual hacia eso que constituyen los únicos valores eternos, y que son, en ocasiones, la defensa de la patria a costa de cualquier sacrificio.

Feliz el pueblo cuyos prosistas o poetas, clérigos o soldados, nobles o plebeyos, artistas o artesanos viven enamorados de la belleza de su tierra. La literatura española está impregnada de lo que puede llamarse amor geográfico. Sus ríos, sus mares, sus valles, son caudales abundantes de emoción patriótica. En la crónica general de Alfonso el Sabio se elogia y canta toda su majestuosa belleza.

Quizá por esta grandiosidad y por esta fuerza puede ser España, según frase de un escritor contemporáneo, escenario de grandes dramas históricos, que produjo hombres que corresponden a este gran escenario: valientes, enamorados de aventura, fáciles a la

empresa de la fe. Quizá en ninguna otra parte los hombres, el paisaje y las piedras constituyan una unidad tan profunda y total de los sentimientos españoles. Los pueblos de la hispanidad también constituyen una unidad, y también viven dominados por las misiones patrióticas. Tenemos mucho de común que defender: unidad de origen, unidad de cultura, unidad de destino, unidad de religión. Vivimos hermanados por vínculos de cultura y de historia. Y esta identidad debe impulsarnos a una empresa universal que, desbordando los límites geográficos, integre la verdadera unidad espiritual de los pueblos hispanos.»